

SILENCIOS PINTADOS

por Sergio Fuentes Milà

¡Silencio! Tan solo el lienzo en blanco frente a ti. ¡Acércate! ¡Abre los ojos y luego ciérralos con fuerza! ¡Vuelve a hacerlo! ¿Lo viste? ¡Repítelo! El lienzo en blanco ya no está en blanco. El blanco ya no es blanco puro, se matiza y en él se entrevén formas. ¡Acércate más! Como entre una bruma que se diluye suavemente, se vislumbra lo que parece ser un objeto. Un cuenco vacío, solitario y silencioso que parece emerger de cortinajes de blancos infinitos. En realidad no está. ¡Cierra los ojos! ¿Puedes verlo allí, en ese otro plano? ¡Vuelve a abrirlos! Ahora es más nítido, perfilado, hasta vibra y parece levitar en el espacio. Pero no está aquí, ni siquiera pintado. Tan solo es una impronta, un rastro que juega con tu mirada, una sombra de luz que se esconde y luego reaparece como un recuerdo. Es una resonancia en el silencio pintado, una aparición que se plantea como un enigma.

* * * *

Juan Carlos Lázaro es uno de los pocos artistas actuales capaces de pintar el silencio, de materializarlo a través del hecho pictórico o, mejor aún, de generar silencios pintados. Lázaro lo plantea desde la humildad y el retiro, alejado de cualquier distracción, tanto durante el proceso como en el resultado final. Seguramente es uno de los que mejor logra amortiguar e incluso anular el ruido, las interferencias de las modas cambiantes y vacuas, así como las críticas banales que en ocasiones tan solo buscan lo mediático recurriendo a la rareza o la extravagancia gratuita. Lázaro es capaz de plasmar lo extraordinario desde la calma, desde su retiro, desde el silencio y, sobre todo, desde la pintura únicamente. Él se entrega a la pintura por sí misma y, con devoción, la mima en soledad. Se deja abrazar por el velo íntimo del proceso pictórico, ese *cómo* mágico y fascinante casi de rito iniciático, misterioso.

Pero ese camino solitario, al margen y lejos del bullicio, de los circuitos y del caos, no es un viaje egoísta, pues la lucha personal de Lázaro en ese recorrido acontece siempre en beneficio último del público. Obra de silencio resultado de un proceso calmo y reflexivo en pos del aislamiento del espectador. Lázaro se afana en aislar a quien mira-admira sus silencios pintados. Acaricia la mirada por medio de veladuras, matices infinitos de amarillos y blancos, y pinceladas suaves y uniformes que bañan el lienzo. Así evita que quien observa en paz se aleje de la concentración y sufra la tentación de distraerse con elementos nimios – el enemigo ruido.

“Soy un simple intérprete, uno más de la realidad... reduzco el tema al mínimo, que no cuente nada... creo en las posibilidades de la propia pintura. En

encontrar unas relaciones inéditas a sus elementos de lenguaje”, afirma él. Tan solo se presta a lo importante: los contenidos *proprios* de la *misma* pintura sola. Así, su obra versa sobre la capacidad de emocionar de la pintura por ella misma, más allá de motivos y temáticas estridentes que embrutezcan la mirada y la distorsionen. Tan solo es eso, pintura que parece emerger y sobrevolar ante nosotros como una visión, casi una revelación. Un portal para la introspección. Sugerir y emocionar, reflexionar. Los valores pictóricos como son la luz o el color y sus matices reinan por encima de todo. Se consolidan como los protagonistas y esterilizan la obra de elementos invasores que atenten contra una mirada pura y pausada, evitando así la frivolidad.

El objeto solo, en silencio, se presenta puro, a veces acompañado por otros, pero nunca eclipsado por nada ni nadie. Éste es matizado con veladuras de blanco o de un amarillo delicado que a veces parece tornarse áureo. Un aire luminoso e iluminado lo acaricia y reduce al mínimo lo físico, superando su naturaleza corpórea y elevándolo a una dimensión casi sacra. Así, el objeto, tras una vaporosidad sutil que le hace vibrar, se expresa solo a través de los valores pictóricos que son los que realmente le dan forma, jamás por él mismo como objeto concreto. Es pues reducido a sus aspectos estéticos esenciales, tras un complejo ejercicio de síntesis.

Cortinajes casi invisibles lo ocultan como tras un velo mágico que solo deja intuirlo. El objeto parece diluirse, nos habla mediante susurros, situándose en la frontera de la desaparición. Se adivina y se insinúa en y a través del silencio. Es lo pictórico lo que le permite convertirse en una sombra luminosa o un rastro de luz que emociona y parece desprenderse del lienzo y levitar ingravido. Son objetos que son y a la vez no son, que están sin estar, que trascienden el lienzo y que, a modo de resonancia, laten y sobrevuelan la nada del soporte que se convierte en una especie de ventana que comunica con un mundo flotante más propio del plano mental.

Las obras de Lázaro desafían pues nuestra mirada, pero no lo hacen de un modo violento o inquietante, al revés, el desafío provoca un estado de paz y serenidad. Él tan solo sugiere – siempre con el silencio como bandera –, y lo hace a través de sus enigmas pintados en torno a antonimias como ausencia presencia, físico metafísico o terrenal trascendente. Estos juegos de contrarios plantean cuestiones infinitas sobre la representación pictórica y el plano de metarealidad que es capaz de abrirse a través del lienzo como brecha espacio-temporal. La visión mental y silenciosa captada tras una meditación profunda sobre el hecho pictórico, capturada por el pincel del artista – de la reflexión y la génesis a la mirada – y regalada a los ojos del espectador para que éste reflexione recorriendo el camino inverso – de la mirada a la reflexión – y cerrando así el circuito.

A partir de este replanteamiento del bodegón para reflexionar sobre el enigma de lo cotidiano, aunque algunos críticos le hayan situado en la línea de Giorgio Morandi o Xavier Valls entre otros, Lázaro ha logrado generar una fórmula muy personal y única. Pues solo él ha sido capaz de neutralizar las superficies cromáticas con el fin de crear el efecto de visión mental, así como reducir los objetos de sus naturalezas muertas a una mera presencia que supera lo concreto y lo físico. Por lo tanto, es esta reducción cromática que invade cada composición como si de un cortinaje se tratase, cómo Lázaro se aproxima a algo parejo a un barrido de color que atenúa lo físico y abre la tela al plano metafísico. En esta visión mental que conduce al espectador a una plenitud contemplativa, es donde sobrevuela el objeto o los rastros de un paisaje que tan solo se intuye, como si fueran un recuerdo, una referencia lejana que nos reclama sutilmente y reaparece. Como decíamos, tan solo es una resonancia en la nada infinita del silencio pintado.

Barcelona, 14 de abril de 2024